

Capítulo 5

Las que sueñan primero: el papel de las mujeres campesinas en la organización comunitaria, una experiencia desde la Unión de Pueblos de Morelos

Cecilia Castro Ramírez

Resumen

En las comunidades campesinas, las mujeres desempeñan un papel fundamental en la vida cotidiana, suelen tener una mirada integral del desarrollo, que articula la producción con el cuidado del medio ambiente, el cuidado de las hijas y los hijos, y en el tejido social de sus territorios. Aunque históricamente han sido marginadas de los espacios de toma de decisiones, del acceso equitativo a la tierra y a recursos económicos y productivos, asumen roles de liderazgo y son reconocidas como agentes de cambio, lo cual genera transformaciones profundas en las estructuras sociales tradicionales. Su participación activa abre nuevos procesos sociales, comunitarios y productivos y representa una oportunidad que abre camino a más mujeres —especialmente las niñas y jóvenes— para que puedan proyectarse con libertad en la vida comunitaria y puedan participar en la transformación de sus realidades. Así, su incorporación activa en los procesos organizativos también contribuye a la consolidación del tejido social, fortalece sus redes de colaboración entre mujeres campesinas, sus espacios de formación y sus luchas por el acceso a la tierra, al agua y a otros recursos naturales, frente a contextos de exclusión y desigualdad estructural.

Introducción

En una danza salvaje que convoque a otras mujeres y estas a otras más, hasta que seamos un ejército de amor que acabe con todas las miserias y opresiones, estamos buscando, buscamos una mujer, que mirando al sol no cierre los ojos. (Paredes, 2013, p. 40)

El marco epistemológico de esta experiencia es la psicología comunitaria, que nos permite explicar los procesos de organización social desde una perspectiva que pone el énfasis en las relaciones entre las personas, y de ellas con sus contextos sociales, culturales, económicos y políticos. Este enfoque social y comunitario nos enfrenta a fenómenos complejos que van desde lo individual hasta lo colectivo, un acercamiento a un análisis simbólico-emocional que emerge ante sus experiencias vividas, incorporando elementos de su contexto cultural en sus diversas prácticas dentro de su comunidad, en escenarios que están más allá del control y la intencionalidad de las personas (González-Rey, 2012). Desde esta óptica, se comprende que los procesos psicosociales no ocurren en el vacío, descontextualizados ni desvinculados de otros individuos, sino que implican reconocer a la persona como protagonista, quien se configura histórica y socialmente (Rodríguez-Camejo et al., 2020).

En tal conformación, en la cual los procesos sociales coexisten, emerge una dimensión compleja que involucra tanto lo psicológico como lo social en una relación recursiva, en una concordancia que responde a la existencia de un tejido de eventos, acciones e interacciones, que son determinaciones sociales que constituyen nuestra visión del mundo, y en la que aparecen múltiples significados (Hernández, 2008).

Estos símbolos sociales, en los que la realidad se construye en función de las características del propio sujeto, porque no puede ser construida de otra manera (Jeanneret, 2002) en un contexto cultural, económico y político global como el actual, resulta cada vez más confusa dicha existencia; por ello, es necesario interpretarla críticamente, para transformarla con y desde las personas que la viven, y a partir de su propia cotidianidad.

Para este análisis, en la psicología comunitaria, la teoría marxista es un referente importante, dado que en nuestro continente se encuentra muy comprometida con la justicia social y las desigualdades. Plantea un desarrollo que busca responder a fenómenos sociales en Latinoamérica, lugar en el que, a partir de los años sesenta, se expresaron nuevamente contradicciones históricas entre las clases sociales y los grupos marginados, de aquellos, los otros, las olvidadas y los olvidados (Montero, 2004). Esta mirada permite recuperar al individuo, su potencialidad como persona, como un ser activo, libre y creativo que ha sido condicionado; un ser que puede ser consciente y sublevarse, de manera organizada con los demás, para lograr la transformación de su realidad

(Osborne y Van Loon, 2005), la cual solo puede lograrse con el reconocimiento profundo de dicha existencia, para llegar a un cambio social de manera estructural. De ahí que el planteamiento de la psicología comunitaria emerja a partir de las demandas específicas de una realidad social, política y cultural que requiere una intervención teórica, metodológica y pragmática, que precisa como unidad de análisis a la comunidad, lo cual permite trascender de lo individual a lo colectivo.

Tal concepto de comunidad, desde la descripción de Tönnies (1947), quien da una explicación desde el sentido social de la permanencia, de los vínculos humanos en procesos de interacción, del reconocimiento del nosotros y los otros, produce una sensación, un significado de pertenencia. Como este autor la describe, la comunidad representa la vida en común, un organismo vivo con relaciones afectivas, auténticas, en la cual emerge la subjetividad del individuo, su valor de ser “un ser humano” con espíritu propio, con valores colectivos y comunitarios. Simboliza el tipo de mundo al que por desgracia no podemos acceder, pero que deseamos con todas nuestras fuerzas habitar y del que esperamos volver a tomar posesión (Gurrutxaga, 2011).

Desde esta reflexión tiene relevancia la comunidad para fortalecer esas relaciones, para promover el bienestar colectivo, la participación y el cambio social. Esta experiencia se construye reconociendo las diversas experiencias que las mujeres campesinas — particularmente en Morelos (México)— viven en sus territorios. Se destaca que sus desafíos van más allá de las desigualdades de género, pues tocan de forma directa la soberanía alimentaria, el territorio y la justicia social; ellas son sujetos activos de cambio, que se organizan, participan en su comunidad y tienen su propio liderazgo.

Desarrollo

La psicología comunitaria como disciplina ha requerido elaborar modelos innovadores que permitan enfrentar, interpretar y reaccionar ante dichas realidades psicosociales, con teorías, métodos y prácticas más interdisciplinarias. De ahí que la orientación comunitaria reconoce la participación del sujeto activo y creativo, indispensable para conocer los espacios de interacción dentro de su contexto social y cultural, así como para imaginar y construir formas de pensar y actuar en el mundo (Tello, 2016). Es decir, busca revolucionar desde la toma de conciencia colectiva para avanzar en la definición de estrategias autogestivas que concretan un deseo compartido.

Ahora bien, ¿cómo llegar a esta conciencia colectiva? Si bien la psicología comunitaria trata de potenciar la acción desde la comunidad, también se interesa en los factores psicosociales que influyen en las relaciones sociales de las personas y a su vez están influidos por las circunstancias sociales. Condiciones que involucran aspectos cognoscitivos, emotivos y motivacionales que intervienen en cómo los sujetos se construyen

a sí mismos y sus mundos de vida, los cuales tienen consecuencias que se expresan en conductas y actitudes que afectan al individuo y sus relaciones (Montero, 2004). Estos son procesos que para su desarrollo requieren ser problematizados, revelando sus contradicciones y el carácter socialmente construido, así como los intereses implicados en lo social y político. Para llegar a tal conciencia, es necesario que esta se movilice, se libere respecto a situaciones, hechos o relaciones, causas y efectos que hasta ese momento son ignorados o inadvertidos, pero que inciden de manera tal que los sujetos las consideran negativas (Freire, 1975).

Desde este horizonte se antecede la experiencia que narro en este capítulo: las vivencias de mujeres vinculadas a una organización campesina y al movimiento popular, entendidas como procesos sociales que reivindican y transforman la realidad mediante la conciencia social y de la participación autónoma y colectiva de las personas en sus comunidades (Martínez, 2003). En este escenario de acción social, su participación en los distintos momentos de la planificación y de actividades comunitarias resulta imprescindible.

Tal organización es la Unión de Pueblos de Morelos (UPM)⁴, en la cual se gesta una experiencia comunitaria y organizativa que compartiré y que he acompañado por dos décadas. Primero, mencionaré que la UPM es una organización social de extracción campesina, fundada en los años ochenta por hombres y mujeres veteranas que defendieron los ideales del zapatismo y el jaramillismo.

Los luchadores sociales que iniciaron la construcción de la UPM (1980) provenían de importantes luchas históricas. Se formaron en las luchas magisteriales y campesinas de los años sesenta y en el movimiento estudiantil popular de 1968. Algunos de los fundadores fueron compañeros del general Emiliano Zapata, un luchador emblemático que defendió los derechos agrarios del campesinado, quien dejó como legado el desarrollo del pensamiento social y revolucionario del país.

La UPM es un retoño del tronco zapatista-jaramillista que, como legado, Zapata siguió con el impulso de formas de autogobierno campesino y organización comunitaria, el cual se fortaleció con la participación de los pueblos en un encuentro regional de organizaciones campesinas e indígenas de la entidad, en mayo de 1980, para conmemorar el 18 aniversario del asesinato del dirigente campesino Rubén Jaramillo⁵. Entre más de un millar de asistentes se encontraban representadas 25 organizaciones

4 Nació en 1980 gracias a luchadores y luchadoras veteranas del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y de la lucha social de Rubén Jaramillo. Inicialmente su bandera de lucha fue la defensa de las tierras, y con el paso de los años sus demandas fueron cambiando, siempre orientadas a la justicia social de los pueblos campesinos.

5. Líder campesino, militar y activista social en el estado de Morelos, en las décadas de 1930 a 1960. Fue un luchador reconocido por continuar la lucha de Emiliano Zapata en defensa de la tierra y los derechos del campesinado, así como por defender el reparto justo de tierras, el respeto a los ejidos y la organización campesina. Fue fundador de cooperativas que promovieron la producción colectiva e impulsaron la economía rural popular.

locales y de otras entidades del país. Dicho encuentro representó un acontecimiento inédito del movimiento campesino local, pues desde el asesinato de líder Jaramillo no se había llevado a cabo ningún acto público de masas que reivindicara su figura y su larga trayectoria de lucha agraria y popular. Fue un evento en el que la UPM rescató la figura histórica de Zapata y Jaramillo, como símbolos de la lucha campesina regional y nacional en México.

Figura 1. Municipios en los que la UPM tiene presencia

Fuente: elaboración propia.

Su perspectiva de trabajo se basa en el ejercicio y la defensa de los derechos humanos y de la madre naturaleza, con perspectiva de género e interculturalidad, promoviendo la agroecología y soberanía alimentaria, y buscando el buen vivir de las comunidades rurales y urbanas del estado. Para ello se facilitan espacios de encuentro, de diálogo de saberes e intercambio de experiencias con y desde la gente, para potenciar las capacidades y habilidades técnicas, políticas y organizativas de las personas en sus comunidades. Lo anterior, con algunas líneas de acción como la formación desde la educación popular, la difusión y promoción, el desarrollo de campañas, estrategias de comunicación y alianzas con otras organizaciones, que inciden en los ámbitos estatal, nacional e internacional para poner sobre las agendas políticas las problemáticas que se viven en el campo.

En este contexto emerge la participación activa de las mujeres campesinas y, con ello, la necesidad de fortalecer su capacidad para tomar decisiones y enfrentar las desigualdades de clase, etnia, cultura y edad que atraviesan su vida cotidiana. A partir del reconocimiento y el análisis de sus propias experiencias e historias de vida, construyen estrategias de cambio a mediano y largo plazo, orientadas a promover el buen vivir en sus comunidades y a garantizar el acceso a la salud, la educación, la vivienda, entre otras necesidades básicas (Mori, 2008).

En esta la línea del tiempo las mujeres han dado voz a sus experiencias, reivindicándose como mujeres campesinas, pero también amas de casa, comerciantes, jornaleras y, en algunos casos, trabajadoras domésticas, descubriendo sus talentos que se desarrollan por medio del diálogo, el estudio, las prácticas y la reflexión sobre sí mismas, por medio del juego, el deseo, el abrazo y la caricia. Para Korol (2007), mediante la exploración de los sentidos y de los sentires analizamos la cotidianidad y lo que está fuera de ella.

Figura 2. Taller de liderazgo de representantes comunitarias realizado en Tlaltizapán de Zapata (Morelos)



Fuente: fotografía del repositorio UPM.

¿Quiénes son estas mujeres? Históricamente las mujeres campesinas trabajan y participan en las actividades de la siembra y la cosecha, son parte de los ciclos de producción y reproducción de la cosmovisión de la vida en su relación con la naturaleza. En estos territorios también viven desigualdades socioculturales que las ponen en desventaja en cuanto a su desarrollo, sufren distintos tipos de violencia de género por el hecho de ser mujeres, lo cual las vulnera en lo personal, familiar y comunitario. Por consiguiente, carecen de acceso a servicios de salud, educación y vivienda, y tienen insuficientes ingresos económicos. Más aún: la implementación de políticas neoliberales en los últimos cuarenta años las ha precarizado cada vez más, y en el mejor de los casos salen a vender los productos de sus cosechas, mientras otras venden su fuerza de trabajo limpiando casas en las cabeceras municipales o en los grandes fraccionamientos que han invadido sus territorios, esto porque mucho del dinero que ganan lo invierten en alimentos que sus tierras han dejado de producir y en otras necesidades básicas de supervivencia. Ellas se han visto en la necesidad de juntarse para ser beneficiarias de algún programa federal o estatal, que, si bien son asistencialistas, han paleado las necesidades inmediatas, aunque las bases estructurales que las colocan en tales condiciones se mantienen inalterables. Otro caso es el de organizaciones sociales, que ante la doctrina neoliberal que con sus políticas de ajuste estructural apuntan a reducir el tamaño del Estado, han asumido ese rol paraestatal para atender problemáticas y necesidades en materia de infraestructura familiar, productiva, cultural y otras que las comunidades expresan mediante la gestión de recursos de programas varios.

Figura 3. Participación en tianguis (mercado) agroecológico en Cuernavaca (Morelos)



Fuente: fotografía del repositorio UPM.

Las mujeres campesinas que han militado en la UPM, desde los altos de Morelos hasta el sur, no viven ajenas al mundo moderno, muchas de ellas trabajan fuera de casa, salen de sus comunidades, acceden a medios de comunicación, a la tecnología e incluso a las

redes sociales. En lo comunitario realizan ciertas tareas, participan en los comités de salud y en los centros educativos, aunque es casi nula su presencia en cargos de autoridad local y mucho menos municipal. Desde la UPM se han construido espacios de escucha, en los que las mujeres mayores hablan con las más jóvenes y se predisponen a escuchar en una condición solidaria, en la búsqueda de cierta conciencia (Guha, 2002). Son grupos que reflexionan ante un tema, ante una acción que les permite mirar desde distintas perspectivas, y en la medida de sus posibilidades profundizar para construir un conocimiento colectivo.

Como lo plantea Blumer (1969), la actividad colectiva e individual se forma mediante este proceso continuo de interacción simbólica en la que el lenguaje tiene gran importancia, pues cada persona define y orienta su conducta a partir de las acciones de los demás, de modo que la vida en grupo, en sociedad, implica un proceso continuo de redefinición.

A mi modo de ver, en dicha actividad colectiva vamos hilando encuentros y desencuentros, desde lo personal, familiar y comunitario. Estas mujeres van creando comunidad en la toma de decisiones para su seguridad y autoconcepto de ser mujer; en la cultura y la vida cotidiana van creando formas de relaciones y vínculos, para ir rompiendo con los estereotipos que nos oprimen como mujeres e ir ganando autonomía y libertad (Korol, 2007). Se permiten ir democratizando las relaciones entre pareja e hijos, en sus intentos por redistribuir más equitativamente el trabajo doméstico y las tareas de traspatio.

En lo colectivo se fortalecen al organizarse, participan en las asambleas comunitarias y se apropian de un discurso que irrumpe en las formas tradicionales y patriarcales que imperan en sus comunidades, allí logran plantear lo que les preocupa o les interesa. Son mujeres que van tomando conciencia de que son la mitad de cada pueblo, como si fueran la otra mitad del cuerpo que necesita dos ojos para acariciar lo que ve, dos manos para trabajar, dos pies para seguir en el andar; son la otra parte que cuida, cría y protege. Dicho por las mujeres aymaras de Bolivia, desde el feminismo comunitario, “las mujeres somos la otra mitad que va a parir a la otra mitad, que son los hombres” (Paredes, 2013, p. 29). Son quienes, entre unas con otras se alientan, se apoyan y se sostienen ante los tiempos más adversos.

Si bien, las condiciones culturales de usos y costumbres en sus comunidades pueden ser barreras que dificultan su organización y el desarrollo de sus liderazgos, una vez que las mujeres se convencen, salen de sus casas, ocupan los espacios públicos para participar, para hacer las reuniones y platicar, para planear y construirse como ciudadanas. Sabemos que las personas deben conocer sus derechos para poder exigirlos, y las mujeres aún más, para que puedan tener proyectos Taimal de vida propios y pensar en el mañana desde sus posibilidades y su desarrollo de habilidades.

Figura 4. Asamblea comunitaria en Tlaquiltenango (Morelos)



Fuente: fotografía del repositorio UPM.

Desde aquí, se deben movilizar las acciones con un sentido a la propia existencia, reconociendo que ellas están tejiendo propuestas para una sociedad que dé voz y reivindique su existencia, su cuerpo, su sexo como parte de los movimientos y organizaciones sociales, pues en innumerables marchas y acciones han hecho y construido la historia de sus pueblos y defendido los recursos naturales de sus territorios (Paredes, 2013). Para esto, con el paso de los años hemos desarrollado colectivamente, bajo ensayo y error, una propuesta pedagógica que permite acompañar procesos comunitarios, identificar y promover los distintos liderazgos de acuerdo con su aportación, así como detonar proyectos participativos que involucran distintos actores y actoras sociales. Un proceso educativo que desde el movimiento popular forma a sus integrantes, con prácticas, valores y propuestas contrahegemónicas, que aportan a debates con otras miradas (Korol, 2007). Tal entrenamiento plantea un diálogo abierto, un ensayo, invita a un sueño colectivo del que no queremos despertar.

Esta cultura formativa genera iniciativas autogestivas que movilizan los recursos comunitarios y de las personas, seguidos de formación y capacitación, de intercambio de experiencias con otras mujeres, con otras comunidades, con otras organizaciones, escuchando discursos de quienes lo están haciendo o ya lo hicieron, de otros mundos, que les permita ampliar su visión y regresar a sus territorios enriquecidas con más herramientas para impulsar sus ideas y el desarrollo en sus comunidades.

Figura 5. Taller de la escuelita feminista de agroecología comunitaria en Jojutla (Morelos)



Fuente: fotografía del repositorio UPM.

En estos procesos de acompañamiento e intercambio hablamos de las condiciones que enfrentaban en su cotidianidad, con su familia, en sus comunidades; empezamos a hacer evidente la violencia que se ejerce sobre las mujeres, sobre nuestros cuerpos, sobre las propias vidas. Ciertamente, hablar de la condición de violencia que vivían en sus familias o con sus parejas, no fue del todo fácil para ellas. En los primeros años de mi llegada a la organización, aunque la presencia de las mujeres era significativa, no era un tema en la agenda, se hacían propuestas de capacitación y proyectos productivos sin considerar necesidades expresadas por ellas, pero cuando las historias empezaron a emerger y hacer evidentes las realidades que vivían en sus familias y comunidades, surgieron ideas, demandas que pedían respuestas.

Entonces, iniciamos cuestionando el rol tradicional asignado a las mujeres dentro de sus comunidades, de cómo al incursionar en lo público y salir de sus pueblos para participar en actividades de la UPM, corrían el riesgo de ser señaladas y estigmatizadas en su misma comunidad, como lo menciona una de las compañeras en el siguiente testimonio: “Acá en el pueblo hablan mal de las que salimos a la organización, dicen que si salimos es porque el marido no nos llena... y sí, ya no llena la barriga, por eso salimos a buscar proyectos para la familia” (Castro, 2009, p. 6).

Expresan que no solo tienen que salir por actividades de la organización, sino a trabajar para complementar los ingresos de la familia, pues ellas ganan más limpiando casas que el marido en un día de jornal. Esto porque para varias familias les da más beneficio rentar su tierra que producirla, derivado por décadas de abandono al campo y sin políticas públicas serias de fomento a la agricultura familiar. Ellas empezaban a defender

el objetivo de sus salidas, pues era para mejorar las condiciones de vida de la familia. Una de ellas destaca: “Ya le dije a mi marido: ‘cada vez que salga a la organización, voy a comer, aunque llegue más tarde, pero voy a pensar en mí, porque siempre me ando malpasando; ustedes, si quieren, coman o no coman’” (Castro, 2009, p. 6).

En muchos momentos reflexionamos sobre nuestras construcciones sociales del ser mujer, acerca de nuestro cuerpo, de cómo lo vivimos, lo sentimos, de cómo lo cuidamos, lo dañamos, lo nombramos, pero principalmente de cómo lo gozamos. Tal como hacen hincapié los siguientes testimonios: “Tú le dices que su palomita y esas cosas, ya tiene 6 años, yo creo que debes decirle que es su vagina” (Castro, 2009, p. 12). “Yo digo que la mujer es como la guitarra, mientras no la toquen, no va a sonar” (p. 37).

También, al escucharnos, fueron compartiendo su propia autopercepción del cuerpo, mirándonos en relación con los estereotipos, qué tanto los avalamos o qué tanto construimos alternativas de un cuerpo subjetivado, simbólico, vivido, sentido, pensado, un cuerpo ignorado, visible e invisibilizado; descubriendo las propias fantasías o los propios fantasmas (Lagarde, 1997). Ante esto señalan: “Nos dimos cuenta de que éramos morenas, gorditas, canosas, altas, chaparritas, chinas, con cicatrices, con paño, con marcas de varicela, con arrugas y patitas de gallo” (Castro, 2009, p. 7). “Me gusta mi sonrisa, mi pelo porque es quebrado, mi cara, mi boca, mis ojos, mi lunar porque lo heredé de mi mamá; cuando río, estoy orgullosa porque me parezco a mi papá” (p. 8).

Cierto es que las mujeres hemos luchado por un conjunto de derechos que compartimos con los hombres, sin embargo, necesitamos los propios, que nos permitan asegurar un tipo de libertad y con ello la construcción social de autonomía, la cual no solo debe ser nombrada, sino reconocida. De tal modo que revolucione la identidad tradicional de género, del ser mujer, ya que también implica pensar nuestra sexualidad, en la que asumimos roles, papeles, funciones con vínculos afectivos y psicológicos (Lagarde, 1997). Reflexiones dichas en las siguientes palabras: “Cuando iniciamos en la organización, no nos daban permiso con tanta confianza, si llegabas tarde decían: ‘¿a dónde fuiste?’”. Ahora ya no le pido permiso, lo invito que me acompañe, pero me dice que mejor se queda con los niños” (p. 11).

Temas como la sexualidad, la relación de pareja, la maternidad, la interrupción del embarazo y la autonomía desde una mirada feminista fueron narrados, pensados, hablados, sentidos por mujeres campesinas de las comunidades de Morelos, en distintos momentos durante el 2004 y el 2009, tiempo durante el cual recibimos financiamiento público para el desarrollo de estos espacios de reflexión y capacitación. También realizamos foros, encuentros e incluso marchas, en el marco del 8 de marzo y del Día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra la Mujer. Fueron años muy activos que logramos

sistematizar con un documental y un cuadernillo⁶, dejando como evidencia, los logros y aportes de las mujeres a su organización.

Finalmente, el ejemplo más cercano en el cual podemos observar el desarrollo de un proceso participativo, autogestivo y comunitario fue el que se produjo a raíz del terremoto del 19 de septiembre de 2017, cuando un fenómeno natural sacudió nuestras tierras morelenses y también algunas conciencias. Desde la UPM, inmediatamente después del sismo identificamos varias comunidades afectadas en las que la organización mantiene presencia, para asegurarnos de que la militancia estaba bien y tener una primera valoración de los daños materiales. La gente estaba devastada en distintos niveles, pero no abandonada, hubo acompañamiento y de algunos escombros emergieron ideas.

La organización empezó a acercar distintos recursos, desde gente altruista con sus despensas, personas solidarias para quitar escombros, hasta instituciones académicas. Ante esta coyuntura, se lograron conjugar distintas intenciones y voluntades que engranaron un proyecto comunitario interinstitucional, con la participación de instancias académicas, gobiernos locales, instituciones de solidaridad y de cooperación, y principalmente con el liderazgo y la participación de las mujeres de la comunidad de la Era, municipio de Tlaquiltenango.

Los estragos ocasionados por el sismo permitieron generar estrategias que comprometieron a distintos agentes sociales y políticos en la planificación de un proyecto integral y participativo, que ayudara a reconstruir el tejido social, el cual ya se encontraba fracturado y no precisamente por un fenómeno natural. En este punto, cabe retomar lo evidenciado también ante esta pandemia, las desigualdades antagónicas e históricas de un modelo capitalista que ha desmovilizado la acción colectiva, ante programas como los mencionados anteriormente, que han promovido la dependencia y el asistencialismo, en los que las personas han naturalizado las inequidades, las violencias y el sometimiento de las políticas estructurales. Esto, alimentado por la ilusión de un destino inevitable, del progreso y desarrollo industrializado que nos ha hecho creer que lo normal no es normal; que ha anulado el protagonismo de los pueblos y de las comunidades, quienes han dejado de inventar, de unirse, arriesgarse e innovar colectivamente. Esto ha llevado a que mujeres y hombres de la clase trabajadora, campesina, indígena, afrodescendiente y la juventud dejen de asumir el destino de su propia historia (García-Linera, 2020).

Sin más nos involucramos en el proceso. Se tenía relación con estas mujeres diez años atrás, se gestionaron algunos proyectos productivos y en varios momentos se tuvieron algunos talleres de capacitación con distintas temáticas. La Era está integrada por pequeños productores campesinos que se dedican al cultivo de productos básicos en

6 Cortometraje *Viejos tiempos*, con la cooperativa de mujeres “Caminos de Jaramillo”, de la comunidad de San Agustín Amatlipac, Tlayacapan (Morelos). Véase: Castro (2009).

sus parcelas; otros son comerciantes y jornaleros. En su mayoría, son mujeres adultas, madres de familia y madres solteras que se dedican a las actividades del campo y, en un gran número, al trabajo doméstico fuera de sus comunidades, desplazándose al municipio de Jojutla. También son adultas mayores, varias de ellas viudas, que tienen aún la fortaleza para emprender acciones que mejoren su bienestar y les permitan la posibilidad de desarrollar actividades que les generen sustento en la familia (Liñán et al., 2019).

El conocimiento del territorio y la relación dieron paso a un terreno fértil y, gracias a ello, iniciamos con los principios de la Investigación Acción Participativa (IAP), a partir de que los sujetos no se encuentran aislados de la realidad ni están separados de ella. Se trata de investigar el “tema generador” y el pensamiento de las personas referidas a su realidad sobre su actuar que es su praxis (Freire, 1975).

La implementación de esta metodología responde al papel del científico social, quien promueve la participación de los miembros de las comunidades problematizando sus realidades, en las que ellas y ellos asumen los aspectos relevantes en sus vidas cotidianas. Implica generar conciencia sociopolítica entre quienes participan, involucrándolos en el proceso de investigación, al ser vistos como agentes de cambio y no como objetos de estudio (Balcázar, 2003).

Como parte de la investigación inicial se utilizó la estrategia del diagnóstico rural participativo (DRP), metodología que implementa un conjunto de técnicas y herramientas para que las comunidades construyan su propio análisis de la realidad, compartiendo experiencias y saberes, con el fin de mejorar sus habilidades de planificación y acción. Esta propuesta aporta a la planificación, analiza desde las condiciones y posibilidades de la comunidad y sus grupos, así como reconoce sus propios conceptos y criterios de explicación e interpretación. Este método permite precisar en un determinado territorio —desde el punto de vista de los actores— sus problemas, necesidades, potencialidades y demandas para el propio diseño de sus soluciones (Expósito-Verdejo, 2003).

Como resultado emergieron varios “árboles de problemas” que permitieron identificar problemas centrales, sus causas y consecuencias, además de recuperar las inquietudes sobre aquellos que la gente percibe en su comunidad, principalmente en lo que afectan más a las mujeres. El complemento del ejercicio fue la elaboración de “árboles de soluciones” orientados a la construcción de un Plan de Acción Comunitaria. Los ejes centrales identificados en el proceso de planeación comunitaria fueron: (1) Economía y producción, (2) Vías de comunicación y transporte, (3) Política pública en salud y (4) Organización comunitaria (Liñán et al., 2019). Este ejercicio participativo fue sistematizado en un libro publicado a mediados del 2019, como evidencia y reconocimiento al tiempo y la dedicación de las mujeres y los hombres de La Era que participaron en el proceso.

Figura 6. Asamblea comunitaria en Tlaquiltenango



Fuente: fotografía del repositorio UPM.

Desde entonces a la fecha seguimos acompañando y dando seguimiento a la implementación de las acciones principales identificadas en los árboles de problemas: (1) Economía y producción, y (4) Organización comunitaria.

En el primer árbol, la comunidad expresó que la actividad económica colapsó a raíz del sismo, ya que sus habitantes perdieron la principal fuente de comercio en la cabecera municipal, donde vendían su producción de queso, yogurt, flor de jamaica, semillas de calabaza para dorar, maíz y cacahuete, entre otros productos que comúnmente cultivan o procesan. En la actualidad, se trabaja desde la perspectiva de la economía social y solidaria, y se está fortaleciendo una red de consumidores en la ciudad que directamente compre los productos que se producen en la comunidad y sus alrededores, para así recuperar y practicar los valores de solidaridad, cooperación y corresponsabilidad. Así mismo, se está promoviendo una participación organizada y solidaria de ambas partes, en la cual se pueda reconocer que el beneficio es mutuo. Una participación activa, libre, voluntaria, consciente y productiva. Es decir, vender y comprar a precio y peso justo. Lo señalo porque el reto es romper con la lógica capitalista del dinero, en un ejercicio que requiere otro tipo de estrategias que se siguen construyendo.

En cuanto al árbol de organización comunitaria, se está fortaleciendo la organización y la participación comunitaria. Antes de la pandemia del COVID-19, se realizaban actividades culturales y de convivencia comunitaria para promover la solidaridad y el respeto entre todas las personas. Así se generaron espacios de encuentro para la organización y la autogestión ante las instancias competentes y los gobiernos locales como aliados

estratégicos en la solución de sus necesidades. Al desarrollar dichas actividades, se trabaja con la apropiación e inclusión para el resarcimiento social, lo que incide en la conducta de las personas. Un proyecto concretado, resultado de este proceso, es la construcción en el 2021 de un centro comunitario, el cual fue diseñado con los aportes de la comunidad.

Figura 7. Asamblea de planeación comunitaria en Tlaquilténango



Fuente: fotografía del repositorio UPM.

Conclusiones

Los procesos de IAP que hemos desarrollado en las comunidades campesinas con presencia de la Unión de Pueblos de Morelos han permitido comprender sus formas de observar, entender e interpretar el mundo, en las cuales emerge la necesidad de construir espacios y territorios más justos y solidarios, de cambios culturales en los cuales el papel de las mujeres se reivindique y emerja su liderazgo ante realidades desiguales frente a los hombres, en un sistema económico y político que les niega el espacio público de decisión y participación ciudadana.

Trabajar con y desde la gente para que ellas sean las protagonistas de su vida cotidiana es un desafío importante que implica promover la autogestión para construir un proyecto común. Además, implica proponer, debatir colectivamente y hacer partícipes a la mayor cantidad posible de personas (Encina et al., 2014).

Por otro lado, los procesos formativos de educación liberadora permiten que las mujeres organizadas tomen conciencia de sus problemas, que desde sus experiencias individuales aporten al grupo un conocimiento común, para discutir su realidad y en la

medida de sus fortalezas ejercer sus derechos como mujeres. Cuando ellas se organizan, surgen diversos procesos de cambio en la comunidad; emergen como sujetos de acción y decisión en la búsqueda creativa de espacios que les dan voz y legitiman sus liderazgos, escenarios para ejercer sus libertades sociales e individuales.

Ante esto, resulta necesario generar procesos organizativos endógenos, que movilicen los recursos comunitarios y de las mismas personas, seguidos de formación y capacitación. Se deben abrir espacios de intercambio y de escucha ante las experiencias de otras mujeres organizadas, ampliando su visión para que puedan regresar a sus territorios con más herramientas para impulsar el desarrollo en sus comunidades.

Actualmente, las hijas y nietas de las primeras dirigentes de estos años de acompañamiento son generadoras de nuevos procesos sociales y productivos en sus comunidades, y puedo decir que se casan con hombres más abiertos que sus padres, ya que sus actitudes ante la sexualidad y frente a las costumbres de su pueblo se han modificado, no en todas, cabe aclarar. Por ejemplo, en la comunidad de Ángel Bocanegra, municipio de Tepoztlán, se desarrolla un proyecto cultural y deportivo con jóvenes —el cual fue interrumpido por la pandemia—, el cual es liderado por la nieta de una de estas mujeres.

Conozco cómo en sus hogares muchas empiezan a desempeñar roles distintos al del ama de casa. Tienen más amistades, conocen más lugares, tradiciones y formas de vida, de organizaciones en otros estados y países, han adquirido conocimientos y muchas han ocupado cargos dirigiendo la UPM. Con esto han asumido mayores responsabilidades, han podido librarse del miedo y fortalecerse para la exigibilidad de sus derechos. Por eso, las mujeres que pasan por un proceso organizativo y de educación popular como este, que incluye la formación en derechos humanos, género y liderazgo, son más seguras de sí mismas y, son capaces de defenderse y de defender a otras mujeres.

Referencias

- Balcázar, F. (2003). Investigación Acción Participativa (IAP): aspectos conceptuales y dificultades de implementación. *Fundamentos en Humanidades*, 4(1/2), 59-77. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/1272956.pdf>
- Blumer, H. (1969). *Symbolic interactionism: Perspective and method*. Prentice Hall.
- Castro, C. (2009). *Cuaderno nuestros cuerpos nuestros derechos sexuales y reproductivos*. Mandarinas.
- Clément, M. (1974). *El comunismo frente a Dios*. Speiro.

- Encina, J., Ávila, M. A., Castro, J. A., Escudero, E. y García, A. K. (2014). *Participando con y desde la gente* (2.ª ed.). Creative Commons.
- Expósito-Verdejo, M. (2003). *Diagnóstico rural participativo, una guía práctica*. Centro Cultural Poveda.
- Freire, P. (1975). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores.
- García-Linera, A. (2020). *Qué horizonte*. Lengua de Trapo.
- González-Rey, F. (2012). *La subjetividad y su significación para el estudio de los procesos políticos: sujeto, sociedad y política*. Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Guha, R. (2002). *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*. Crítica.
- Gurrutxaga, A. (2011). *Tönnies, comunidad y asociación. El comunismo y el socialismo como formas de vida social*. Biblioteca Nueva.
- Hernández, Ó. (2008). La subjetividad desde la perspectiva histórico-cultural: un tránsito desde el pensamiento dialéctico al pensamiento complejo. *Revista Colombiana de Psicología*, (17), 147-160. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/3395>
- Jeanneret, F. (2002). Tomás Ibáñez. Municiones para disidentes. *Athenea Digital. Revista de Pensamiento e Investigación Social*, (2). <https://doi.org/10.5565/rev/athenea.56>
- Korol, C. (Coord.). (2007). *Hacia una pedagogía feminista. Géneros y educación popular*. El Colectivo.
- Lagarde, M. (1997). *Claves feministas para el poderío y la autonomía de las mujeres*. Puntos de Encuentro.
- Liñán, M. E., Castro, C., Di Castro, M. R., Güereca, P., Valdez, J. L. y Congo, F. (Coords.). (2019). *La Era. Recuperación de poblados rurales del Estado de Morelos. Una propuesta integral para la investigación social*. Universidad La Salle Cuernavaca.
- Martínez, A. (2003). *Las organizaciones de la sociedad civil: un camino para la construcción de ciudadanía*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso).
- Montero, M. (2004). *Introducción a la psicología comunitaria. Desarrollo, conceptos y procesos*. Paidós.
- Mori, M. del P. (2008). Una propuesta metodológica para la intervención comunitaria. *Liberabit. Revista de Psicología*, 14, 81-90. <https://www.redalyc.org/pdf/686/68601409.pdf>

Musitu, G., Buelga, S., Vera, A., Ávila, M. E. y Arango, C. (2009). *Psicología social comunitaria*. Trillas.

Osborne, R. y Van Loon, B. (2005). *Sociología para todos*. Ediciones Paidós. <https://latam.casadellibro.com/libro-sociologia-para-todos/9788449318184/1055647>

Paredes, J. (2013). *Hilando fino, desde el feminismo comunitario*. Cooperativa El Rebozo.

Rodríguez-Camejo, J., García-Ramos, T. y Santiago-Estrada, S. (2020). Teoría de la subjetividad y psicoterapia: una propuesta desde la perspectiva histórico cultural. *Revista Interamericana de Psicología*, 54(3), e1117. <https://doi.org/10.30849/ripijp.v54i3.1117>

Tello, N. (2016). *Trabajo social, disciplina del conocimiento*. Universidad Autónoma de México (UNAM).

Tönnies, F. (1947). *Comunidad y sociedad*. Losada.